

ra, después de una crisis de lágrimas que traducían despecho y alivio.

Y entre violenta y emocionada, dijo a Héctor:

—Sí, yo lo amo, yo creo amarlo. Sin embargo, hay momentos en que la vacilación llega a mi corazón; y mi amor y mi situación lidian el combate que siembra desconcierto en mis sentimientos.

—Donde hay vacilación, no hay amor—dijo Héctor—el amor es hecho de acatamientos: es el sometimiento absoluto.

—Sí, así lo creo, cuando las cálidas frases de Fiacrán llevan a mi espíritu el consuelo, que disipa mis inquietudes. Y mis sueños se alientan, pido una tregua a mis desesperación. Pero cuando el eco de su voz desaparece, cuando lejos del hipnotismo de su mirada y la sugestión de sus palabras, contemplo mi abandono y miro este cuartucho en la desolación de sus paredes desmanteladas; cuando veo marchitarse mi juventud en el encierro, como una bestia de domesticidad y sumisión; cuando en torno de mí veo la felicidad o la satisfacción que llenan esas apariencias, créalo amigo, que la desesperación me hace ver la enormidad de mi abandono, naufragando en un mar de privaciones, mientras mi bien amado va, repleto el corazón de esperanzas locas y el cerebro de lirismos reparadores para otros.

—Pero Fiacrán no derrocha. Si más consiguiera su esfuerzo, estoy convencido que sería para hacer la comodidad de ambos. ¿Por qué, pues, desesperarse?

—Mientras, guítese el puchero cotidiano, que sea el eterno jergón la vestidura..... y comer y vivir..... muriendo.... sin una satisfacción, sin una expansión para el espíritu..... y que se marchite la juventud en la desilusión de la esperanza.....

—No culpe usted al compañero por eso, sino a la desigualdad social, a sus injusticias, que nos tiene condenados a tan grandes vicisitudes,

vedados de las alegres expansiones del arte y de la ciencia, vedados de todas las satisfacciones que son el encanto de la vida.

Ella continuó imperturbable:

—Que yo sea todo amor y sometimiento, y él todo abstracciones filosóficas y delirios extravagantes?

—Pero esas **extravagancias** tienden a un fin de gran interés humano; son el eco de sus quejas..... de la queja universal.

—No hay amigo, más que una cosa que tiene y que pueda interesar a las mujeres: la pasión. Fuera de ella, fuera de sus extravíos y sus arrebatos, lo demás, es nada!

—¡Qué inmensamente desconsolador es reconocer que son las mujeres seres incompletos! Que son incapaces de inspirar a sus amantes el amor a lo grande y a lo bello! Creen ustedes hacer la felicidad de un hombre, encadenándolo, maniatándolo a su voluntad de hembras dominadoras. Por eso no tolera su orgullo que el hombre que les ofrenda su cariño ofrende a la vez su inteligencia a algo más grande que el amor de una mujer: el amor a la Justicia y a la Verdad!

—Y así somos perfectamente lógicas,—replicó Soledad, con un gesto de altanería suprema, que hizo nacer dudas mortales en el sistemático adversario del sexo, quien, despidiéndose, confirmó:

—Sí, son perfectamente lógicas todas las mujeres: así lo es usted, Soledad, al considerar este marco de cuatro paredes, indigno de su juventud y de su belleza.

* * *

Fiacrán llegó a su cuarto taciturno e indignado, bajo el peso de una atmósfera aplastante y enervadora, algo, así como si la fatalidad le hiciera guiños trágicos y extraños.

No encontró a Soledad, como otras veces, en la puerta, para enlazarlo en la guirnalda de sus brazos y estampar un ósculo de amor sobre su frente cavilosa.